

LA AMÉRICA LATINA: MÚLTIPLES CULTURAS, PLURALIDAD DE LENGUAS



M E G U E I

L E Ó N - P O R T U E L A

Comenzaré recordando una singular experiencia. La tuvimos en San Cristóbal de Las Casas, precisamente el 12 de octubre de 1984. Estábamos reunidos varios lascasistas, entre ellos Lewis Hanke, Silvio Zavala, Raymund Marcus y Arturo Warman, bajo el patrocinio de las Universidades Nacional Autónoma de México, y Autónoma de Chiapas. El tema de la reunión fue *Fray Bartolomé de Las Casas: trascendencia de su obra y doctrina*.

Aludiré al trabajo que presenté allí porque en relación con él ocurrió la singular experiencia. Leí y comenté una carta escrita originalmente en náhuatl, el 2 de mayo de 1556, por prominentes personas, como don Pedro Motecuhzoma Tlacahuepantzin, don Juan Itzolinqui de Coyoacán y otros. La carta fue dirigida a Felipe II, quien acababa de suceder en el trono a Carlos V.

El contenido de aquella carta es de queja y petición. Los que suscriben la carta manifiestan al soberano que "son muchos los agravios y molestias que recibimos de los españoles, por estar entre nosotros y nosotros entre ellos". Añaden que "pade-

mos cada día tantas necesidades y somos tan agravados que en breve tiempo nos acabaremos, según cada día nos vamos consumiendo y acabando porque nos echan de nuestras tierras y despojan de lo que es nuestro". A esta relación de hechos acompaña una petición:

tenemos muy gran necesidad de una persona que sea protector nuestro [...] la cual dé a Vuestra Majestad relación verdadera de todas nuestras necesidades [...] Por tanto, pedimos y suplicamos nos señale al Obispo de Chiapas don fray Bartolomé de Las Casas para que tome este cargo de ser nuestro protector [...] y si acaso el dicho Obispo estuviera impedido por muerte o enfermedad, suplicamos a Vuestra Majestad que nos señale entonces una principal persona de toda cristiandad y bondad a la cual recurramos.

Este es el meollo de la carta que leí y comenté ese 12 de octubre de 1984. Poco después, concluida otra intervención, entró un grupo de tzotziles que pidió ser escuchado. El público y los que presidían la sesión tuvieron un momento de duda. Era obvio que tenían que ser escuchados.

Hablaron primeramente en tzotzil y después uno de ellos tradujo sus palabras al castellano. Manifestaron que se veían agobiados por múltiples problemas e injusticias. Entre otras cosas habían sido expulsados de sus tierras. Añadieron que sabían que estábamos hablando de fray Bartolomé de las Casas, que había sido defensor de los indígenas, pero que tenían entendido que hacía mucho tiempo había muerto. Enseguida, dirigiéndose a quienes presidíamos la sesión, manifestaron que querían saber a quién podían dirigirse ahora para que sus quejas fueran escuchadas y atendidas.

La expresión de su queja se producía en el mismo lugar en que vivió y actuó como obispo Bartolomé de las Casas, haciendo denuncias de injusticias y crímenes en contra de los indígenas. Esto puede parecer anecdótico. Lo he calificado de singular experiencia precisamente por la coincidencia de hechos y actitudes a más de cuatro siglos de distancia.

Desde otra perspectiva esta experiencia no resulta singular. Más bien ejemplifica situaciones que se han mantenido por siglos en Amerindia, la América en que perduran los indígenas. Habían florecido en ella a través de milenios muchos pueblos de lenguas y culturas distintas. Pero a partir del desembarco de Cristóbal Colón en una pequeña isla de las Bahamas, se sucedieron encuentros que adquirieron el carácter de invasiones. Unos tras otros, los invasores invocando principios divinos y humanos, fueron sojuzgando a los amerindios.

Prevalcieron desde entonces situaciones de relación asimétrica. Los invasores y sus descendientes y en cierto grado también quienes se amestizaban con ellos, ejercían el poder, hacían suyas las riquezas de la tierra, aprovechaban el trabajo de los vencidos, les imponían nuevas formas de existir y creer. Epidemias, trabajos y sufrimientos diezmaron a los amerindios. En algunos casos, hombres como Antón de Montesinos en Santo Domingo, y

Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y Bernardino de Sahagún en México, se abrieron al diálogo y escucharon a los amerindios. En tanto que unos hacían su defensa, otros rescataban elementos valiosos de su cultura. Pero lo más común y perdurable fue el sometimiento y el duro trabajo al servicio de quienes se habían adueñado de la tierra. Sólo en ocasiones, cuando las cargas se volvían ya intolerables, algunos se rebelaban. La represión era a sangre y fuego con muchas pérdidas de vidas. Ejemplos de esto, en el período independiente de México, son la llamada "guerra de castas" de los mayas yucatecos y el caso de los yaquis de Sonora.

Por eso, aun cuando las aflicciones continuaran en aumento, los amerindios en la mayoría de los casos sólo se atrevían a hacer relación de sus desgracias y pedir protección y remedio. Así actuaron hace más de cuatro siglos los que escribieron al rey la citada carta en náhuatl y luego también el grupo de tzotziles que se presentó en esa reunión sobre el padre Las Casas. De modos parecidos han obrado durante los períodos colonial e independiente de sus respectivos países, en cientos de miles de ocasiones, los amerindios que se han expresado de palabra o han presentado los documentos de queja y súplica que se acumulan en incontables archivos.

Podríamos discurrir ahora sobre las varias formas como los virreyes, las audiencias y después los gobiernos republicanos han reaccionado ante esas innumerables quejas, relaciones de agravios, peticiones y súplicas. Las leyes de Indias incluyeron ciertamente múltiples disposiciones favorables a los amerindios, pero también muchas veces se violaron o no se aplicaron. En lo que toca al período independiente, es de sobra conocido que, al principio, los varios gobiernos, proclamando ideales igualitarios, no dieron entrada en el marco jurídico ni en el plano administrativo a la realidad de

las diferencias culturales, lingüísticas y de marginación y explotación económica, de los muchas veces muy grandes sectores de sus respectivas poblaciones amerindias. Ignoradas tales diferencias, la adversa situación de esas poblaciones empeoró. Bastantes años después, grupos religiosos, así como algunos estudiosos y los gobiernos del continente se plantearon lo que, con diversos criterios, muchas veces se describió con la expresión de "el problema indígena". Bastará con recordar que en distintos tiempos y países se confió a uno u otro ministerio o secretaría de estado hacerse cargo del referido "problema". Unas veces correspondió al ministerio o secretaría de Gobernación o del Interior, otras a Educación o Agricultura, o también a Relaciones y Cultos o, en más de una ocasión, al ministerio de Guerra!

En la inmensa mayoría de los casos, incumbiendo atender esto a uno u otro ministerio, en su enfoque y actuación predominaron dos criterios. Uno señalaba el objetivo: "civilizar" a los indígenas "asimilándolos" o "incorporándolos" a la cultura mayoritaria. El otro, en estrecha relación con el anterior, suponía que debía actuarse de modo uniforme con todos esos grupos, como si fueran iguales entre sí los llamados "indios".

Más tarde, han sido con frecuencia antropólogos los que han estado al frente de los institutos indigenistas, con óptimas intenciones y muy diversos resultados. Rasgo en común ha sido —en la mayoría de los casos— la perduración de enfoques proteccionistas. Se dice a los grupos amerindios qué es lo que conviene a su desarrollo. Rara vez se confía a ellos el diseño de programas. Se acepta la colaboración de amerindios pero en cuadros inferiores. Incluso se ha llegado a presentar a algunos grupos, desde afuera, el modelo de sus respectivas identidades culturales. Temas son estos del largo debate antropológico sobre lo que ha sido y puede ser el indigenismo.

Por otra parte, pocas veces se ha vuelto accesible a pueblos como los descendientes de quienes crearon las grandes culturas de Mesoamérica o de la zona andina lo alcanzado por las investigaciones acerca de los antiguos legados, raíz de sus identidades: los testimonios de su arte antiguo, los textos en lenguas indígenas de la tradición prehispánica, cuanto es portador de su historia, literaturas, visión del mundo y creencias. Sólo en años recientes, en algunas universidades e institutos, unos pocos estudiantes nahuas, mixtecos, zapotecos, mayas, quichés, aymaras y quechuas han comenzado a participar profesionalmente en el "redescubrimiento" de sus antiguas culturas, seguido en algunos casos de un esfuerzo por acercar a sus comunidades a ese legado. Como un ejemplo de esto citaré la participación de varios estudiantes nahuas en el Seminario de Cultura Náhuatl, a mi cargo, en la Universidad Nacional.

La situación que prevalece sigue siendo, sin embargo, de mínimas o nulas posibilidades de acceso a esos estudios y "rescates" que conciernen al legado de cultura donde está la fuente de inspiración del propio ser y no los inventados modelos de identidad que en ocasiones, desde afuera, se han ofrecido a esos pueblos. Éstos, viviendo unos en "zonas de refugio" en el ámbito de sus tierras ancestrales o fuera, expulsados de ellas, o en dramáticos hacinamientos en las periferias de las grandes ciudades, al alcance o no de proyectos desarrollistas, coinciden, más allá de muchas diferencias entre sí, en su realidad de desposeídos y explotados, utilizados como mano de obra barata y tratados muchas veces con actitud de profundo desprecio.

Es cierto que podrían aducirse algunos "programas acertados". La presencia de voces indígenas que reclaman con sólidos argumentos el respeto a sus derechos individuales, sociales y de grupo étnico ha traído consigo, en unos pocos casos, res-

puestas y formas positivas de actuación con las correspondientes sociedades amerindias. Sin embargo, hay que reconocer que, hasta ahora, la tónica que prevalece ha sido la de normar la relación con los pueblos amerindios desde la perspectiva de las sociedades dominantes y sólo en ocasiones se ha superado el paternalismo: oír quejas, peticiones y hasta súplicas. Podría ejemplificarse cómo este género de situaciones reaparece una y otra vez. Pero en vez de volver a lo bien conocido, interesa buscar perspectivas de más amplia comprensión de cara a lo que podrá ser Amerindia hacia el tercer milenio.

LOS PUEBLOS DE CULTURA ORIGINARIA

Hagamos una reflexión. Se dirigirá ella, con un enfoque universal, al tema de los pueblos que pueden denominarse de cultura originaria, es decir los que, en muy diferentes contextos, han mantenido durante siglos conciencia de su identidad étnica en la que consideran es su tierra ancestral, hablan su propia lengua y viven, actúan y piensan de acuerdo con sus propias tradiciones. La reflexión abarcará lo que significa la presencia en múltiples lugares de algunos de estos pueblos, dentro de países o Estados en los que una sociedad diferente es mayoritaria y ejerce el poder. Y asimismo se concentrará la reflexión sobre los posibles destinos de los distintos grupos de cultura originaria en el contexto de un mundo en acelerado proceso de globalización, sobre todo tecnológica y económica que, en el caso de los llamados países desarrollados, aparece acompañado de conjuntos de valores a los que se adjudica ser clave de la felicidad.

Es obvio que todas las sociedades humanas son portadoras de cultura. Ahora bien, respecto a los orígenes de las culturas de que son poseedores los distintos pueblos puede haber grandes diferencias. La cultura —como una planta— se desarrolla en un ámbito espacio-temporal. Pero una cultura

puede también trasplantarse a otro lugar. Cuando ello ocurre, los portadores de esa cultura que se trasplanta generalmente se encuentran en ese otro ámbito con pueblos de cultura y lengua diferentes. El encuentro produce casi siempre conflictos. El grupo con mayor tecnología bélica, fuerza y sagacidad, se impone. Unas veces, las más, el grupo invasor, que trasplanta su cultura y su lengua, las establece en el ámbito del conquistado. En algunos casos, los menos, el invasor queda absorbido por la sociedad de cultura originaria que allí existía desde mucho antes.

Hay casos de injertos culturales. Se producen en situaciones de prolongada convivencia entre pueblos diferentes. Ello da lugar al desarrollo de nuevas formas de cultura y aun a variantes lingüísticas. También hay otros casos en que la sociedad dominante, dueña de su propia cultura, una vez realizado su trasplante, generalmente por medio de una invasión, repele y aparta de sí a los grupos de cultura original y de otras lenguas que allí habitaban. La sociedad dominante crea sistemas de reducción o reservas para reubicar a esos grupos o establece otras formas de separación o *apartheid*.

En algunas situaciones son los invadidos, es decir, los grupos de cultura original que vivían en ese ámbito, los que se repliegan, con frecuencia ya disminuidos demográficamente. Unas veces huyen a las que se han nombrado regiones de refugio, lugares más bien inhóspitos y no codiciados por el grupo dominante. Otras veces el repliegue no es tanto geográfico sino socioeconómico y consiste en reubicarse en las periferias de los centros de población o trabajo del grupo dominante y de cultura y lengua diferentes. Desde allí se mantienen contactos con él, sobre todo de prestación de servicios, en calidad de mano de obra barata o forzada.

La tipología esbozada no pretende ser exhaustiva. Se dirige a mostrar lo que se entiende aquí por

grupos de cultura originaria en el contexto de las invasiones u otros movimientos de los pueblos que han traído consigo trasplantes, injertos o imposiciones de otras culturas en un mismo ámbito geográfico. La historia ofrece ejemplos innumerables de las variantes enunciadas y seguramente de otras.

UNA "LECTURA" DE LA HISTORIA

Atendamos a algunos procesos desencadenados por los romanos. Habían desarrollado ellos una civilización influidos por los griegos. Su voluntad expansionista los llevó a penetrar en muchos lugares del ámbito del Mediterráneo y del interior de Europa. Así en Hispania se impusieron sobre los pueblos celtíberos de cultura originaria. Otro tanto ocurrió en las Galias donde la población nativa fue vencida. En Hispania y las Galias se produjo un intenso proceso de romanización que se complementó luego con el de cristianización. Hubo, sin embargo, algunos pueblos que hicieron cuanto les fue posible para escapar de ese proceso y mantener sus lenguas y culturas originarias. En España y Francia hasta hoy perduran los vascos que, si bien muy influidos por tantos siglos de contacto, mantienen su lengua y tradiciones propias. En Francia existe el caso de los bretones, de origen céltico, entre los que asimismo subsisten tradiciones culturales diferentes y perdura en algunos lugares su lengua prerromana.

En Francia y la península ibérica las invasiones de tribus germánicas —"los bárbaros"— no suprimieron la ya implantada romanización de los pueblos originarios. Los bárbaros se asimilaron a la cultura romanizada. El proceso de mestizaje incrementó las variantes regionales preexistentes. En la península ibérica esas variantes incluyen a los asturianos, castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, gallegos, portugueses y otros. En distintas épocas se produjeron conflictos entre ellos. Los portugueses, con su variante lingüística, alcanza-

ron su independencia. En años recientes se reconoció constitucionalmente en España la existencia de las diferencias culturales y lingüísticas. Entre los vascos, pueblo de lengua y cultura originaria, hay quienes buscan una independencia plena respecto del Estado español.

En Francia, además de las supervivencias de vascos y bretones, perduran grupos germánicos, de cultura alemana en Alsacia, y flamenca en la Picardía. Además subsisten variantes de lenguas y tradiciones distintas en el Languedoc, el Rosellón, Savoya y Córcega. El arraigado centralismo del Estado francés ha sido contrario a la pluralidad de lenguas y culturas. Actualmente vascos y corsos reivindican sus identidades incluso con acciones violentas.

La penetración romana llegó a las islas Británicas, Germania y los señoríos eslavos. En las islas Británicas fue superficial la romanización entre los pueblos originarios de lenguas célticas, los galeses, escoceses, irlandeses y otros. Todos ellos fueron más tarde invadidos de nuevo por los anglos y sajones. Estos, trasplantando su lengua y cultura, sojuzgaron a los celtas. Pero ni el proceso de anglosajonización, ni más tarde la invasión del normando romanizado Guillermo el Conquistador que alteró grandemente la lengua y cultura de los anglosajones, lograron suprimir la resistencia de los pueblos originarios célticos. Después de muchos siglos de lucha, la mayor parte de los irlandeses alcanzó a independizarse, aunque en Irlanda del Norte perdura la resistencia en forma violenta. Los galeses, algunos de los cuales mantienen su lengua, y los escoceses, se consideran hasta hoy pueblos o naciones diferentes de la sociedad mayoritaria anglosajona.

Como ejemplo de desarrollos diferentes de romanización aludiré al menos al caso de Suiza. Los pueblos originarios que allí vivían eran los conocidos como helvecios, de lengua y cultura célticas.

La romanización se impuso en la región con distintas variantes. Se desarrolló así un sustrato romanizado, sobre el que invasiones germánicas ampliaron luego el mosaico cultural. Se originaron, como consecuencia, formas lingüísticas y tradiciones diferentes. Unas mantuvieron lo germánico, otras fueron afines a la cultura y lengua de la mayoría de los franceses, otras a las que florecieron en el norte italiano y otras, más particulares, las de los hablantes de romanche. A pesar de esto y del ulterior desarrollo de varias denominaciones cristianas, la convivencia de todos estos grupos llegó a ser posible mediante la constitución de un estado federal, la Confederatio Helvética.

Caso contrastante lo ofrecen los pueblos eslavos. En su ámbito geográfico se produjo la romanización de los dacios en la que se llamó más tarde Rumania. En ella, a pesar de innumerables invasiones de diversos pueblos, prevaleció el elemento lingüístico y cultural latino. En otras regiones habitadas por eslavos hubo también invasiones de pueblos germánicos, magiares, hunos, mongoles y turcos. Distintos grupos eslavos portadores de una lengua y cultura originarias quedaron en épocas diferentes sojuzgados, pero alcanzaron a preservar su identidad. Sin embargo, a pesar de sucesivos proyectos paneslavistas dirigidos sobre todo por Rusia, no pudieron consolidar la unidad. En la actualidad se producen violentas tensiones interétnicas y movimientos separatistas en Yugoslavia y la Unión Soviética. Un proceso muy diferente se desarrolla en los doce países, de lenguas y tradiciones culturales distintas, que libremente se integran en la Comunidad Europea.

Dejando ya los casos que guardan alguna relación con la antigua expansión romana, sólo mencionaré otros pocos particularmente significativos. Dos de ellos, de pueblos de lengua y cultura originaria, los ofrecen los armenios y los kurdos. Los primeros viven separados en territorios de la Unión So-

viética y de Turquía. Innumerables veces reprimidos, masacrados y depauperados, mantienen su identidad y luchan por su independencia. Algo parecido ocurre con los kurdos, cuya patria, el Kurdistán, está dividida en cinco partes bajo la soberanía de Iraq, Turquía, Irán, Siria y la Unión Soviética.

Asomémonos al caso de la India. En tiempos remotos estuvo poblada en su mayor parte por pueblos dravídicos. La ulterior invasión de los arios trajo su sojuzgamiento pero no su desaparición. Otras invasiones se sucedieron, entre ellas las de pueblos de cultura musulmana. Numerosos grupos de gentes de filiación lingüística y cultural diferentes se refugiaron en zonas alejadas e inhóspitas en condiciones precarias de vida. Hasta hoy perdura en la India una gran variedad de lenguas. Subsiste también un rígido sistema de castas con complejas normas de separación y adversas consecuencias socioeconómicas. El elemento religioso es además un gran factor de confrontación entre hinduistas y musulmanes. Los conflictos interétnicos se hallan muy lejos de alcanzar una solución.

Concluiremos este sumario recorrido aludiendo a algunas situaciones que prevalecen en el África. En ella perduran numerosos pueblos de lenguas y culturas originarias. Sólo en unos pocos casos se constituyeron en el África Estados importantes antes del reparto europeo en el siglo pasado. Cuando éste ocurrió las potencias colonialistas establecieron demarcaciones artificiales que en muchos casos no coincidían con las áreas culturales existentes. Consecuencia de esto fue que pueblos de la misma lengua y cultura quedaron divididos bajo dos o más jurisdicciones diferentes. Esta situación se mantuvo cuando los europeos concedieron la independencia a los pueblos africanos. De ello se han seguido numerosos conflictos internos, aprovechados a veces por intereses extranjeros.

Un caso extremo es el de África del Sur. En ella los ingleses, alemanes y holandeses quisieron formar Estados en que prevaleciera su lengua y cultura. Las tribus indígenas debían subsistir en un régimen de apartamiento radical. El conflicto que esto provocó, a pesar de recientes concesiones hechas por los europeos, no ha desaparecido. A él se suma la pluralidad cultural y lingüística de los diversos pueblos originarios. Como puede verse —y cabría multiplicar los ejemplos— es enorme la gama de situaciones de coexistencia obligada en un mismo espacio geográfico de pueblos de lenguas y culturas distintas, con variadas formas de sojuzgamiento de los que son o se consideran originarios.

Intentemos ahora contrastar con esta "lectura" de la historia la experiencia cultural del Nuevo Mundo a partir de las invasiones en él de los europeos. En el continente americano, como consecuencia de esas invasiones, hubo pueblos originarios que fueron desplazados y concentrados en otros lugares por quienes, como los ingleses, implantaron en su territorio su propia cultura. Así se originaron las "reservaciones de indios". Hubo también otras formas de aislamiento proteccionista en misiones y reducciones como las de los guaraníes del Paraguay. Y, como en el "reparto europeo del África", en el Nuevo Mundo hubo etnias cuyos miembros quedaron divididos en territorios de dos o más colonias —españolas y portuguesas— y luego en dos o más Estados independientes, como los aymaras en Bolivia y Perú, o los quechuas en varios de los países andinos, o los pápagos, yumanos, cucapás, yaquis, kikapús... en regiones colindantes de México y los Estados Unidos. Coincidencia universal fue que tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo los vencidos quedaron sojuzgados y al servicio de quienes los habían invadido.

En los distintos procesos de invasión y sometimiento pueden percibirse múltiples variantes y algunas semejanzas. Intentemos comparar en sus

aspectos más generales, pero asimismo principales, las consecuencias de las conquistas romanas en Portugal, España, Francia e Italia, partes de Bélgica, Suiza y Rumania, en la que cabe llamar Europa latina, con las que se siguieron de las conquistas española y portuguesa en la que hoy suele nombrarse la América Latina.

Los pueblos de culturas originarias que habitaban los territorios de los mencionados países europeos se vieron afectados por la imposición de numerosos cambios en sus modos de vivir y pensar. Quedaron ellos sometidos hasta la disolución definitiva del Imperio romano. Las transformaciones incluyeron mestizaje biológico, paulatina formación de las lenguas romances con marginación de las nativas, nuevos sistemas de organización socioeconómica, implantación del derecho romano y, sobre todo desde el reinado de Constantino, una intensa introducción, con apoyo estatal, del cristianismo. Ahora bien, en tanto que la mayor parte de los habitantes originarios arios de esas regiones se mestizaban lingüística y culturalmente con los romanos —aunque con diferencias entre sí—, hubo algunos grupos, ya mencionados, que opusieron mucha mayor resistencia al proceso y lograron conservar sus identidades. Esos pueblos de lenguas y culturas originarias, a pesar de quedar reducidos en territorios más pequeños que los de sus patrias originales y seguir siendo con frecuencia hostilizados por las sociedades dominantes —en la Edad Media y en la Moderna—, con el paso de los siglos lograron que su situación económica y su participación política en sus respectivos Estados nacionales se equipararan con las del estrato mayoritario. Es obvio, por ejemplo, que los bretones y vascos no difieren en estos aspectos del resto de las poblaciones de España o Francia.

En el caso de los pueblos originarios del Nuevo Mundo, las invasiones española y portuguesa, además de provocar en ellos una gran disminu-

ción demográfica, desencadenaron también un proceso de injerto cultural. Como en el caso de la romanización, abarcó ese proceso un mestizaje biológico y cultural en el que se vieron involucrados asimismo los africanos traídos como esclavos. Se impusieron las lenguas española y portuguesa con variantes léxicas, fonéticas y estructurales, muchas de ellas de orígenes indígenas. También imperó un nuevo derecho, derivado por cierto del romano y, como elemento al que se concedió gran importancia, se implantó el cristianismo entre los pueblos originarios. Durante los siglos de dominación colonial y luego en el período independiente el proceso continuó incrementándose, en diferentes formas y grados, en las distintas regiones. El moderno ser latinoamericano, con todas sus complejidades y variantes, se deriva de ese proceso.

Una muy grande diferencia existe, sin embargo, entre los procesos de romanización en Europa y de hispanización en el Nuevo Mundo. En éste han perdurado en mucho mayor número pueblos de lenguas y culturas originarias muy distintas entre sí. Unos como los nahuas, otomíes, mixtecas, zapotecas, mayas, quichés, cakchiqueles, chibchas, quechuas, aymaras, mapuches..., aunque subsistiendo muchas veces en zonas inhóspitas y de refugio, mantienen relación frecuente y asimétrica con las sociedades dominantes. Otros, con formas de vida muy distintas, como los selvícolas del Orinoco o de la Amazonia, pudieron por largo tiempo subsistir en aislamiento, aunque ya en tiempos recientes son víctimas de nuevas formas de expansionismo.

La perduración de tan numerosas sociedades nativas en el continente americano no es desde luego la única diferencia en las consecuencias del proceso de imposición e injertos culturales, si se compara éste con el que mucho antes se produjo en Europa. Señalamos ya que los pueblos originarios

que han mantenido en ella sus identidades viven hoy en condiciones económicas y tienen participación política muy semejantes a las de las mayorías nacionales de sus correspondientes países. Los amerindios, en cambio, sobreviven en prolongada situación de despojo y explotación y no tienen de hecho acceso a los recursos en otro tiempo a su alcance. Consecuencia de ello es su precaria economía de subsistencia y su marginación de la vida sociopolítica en la que —con sus propias identidades— les corresponde participar.

LA AMÉRICA LATINA Y AMÉRINDIA

Importa tomar en cuenta una realidad que se presenta como un elemento característico de nuestro tiempo. Puede describirse ella como un acelerado proceso de globalización tendiente a homogeneizar las formas de vida de los habitantes del planeta, consecuencia de una tecnología cada vez más sofisticada, base de un enriquecimiento material que los medios de comunicación masiva presentan como ideal de la humanidad. Los Estados desarrollados y las empresas transnacionales aparecen como portadores de modelos altamente operantes en una economía a la vez consumista y de concentración de riqueza. Surge así una nueva forma de materialismo globalizante acompañado de una escala de valores en la que el éxito económico ocupa lugar principal, en tanto que las formas de cultura tradicional son tenidas como obsoletas e inoperantes.

Sin embargo, a la par que cobra fuerza tal proceso globalizante, perduran con sus propias identidades múltiples grupos de lengua y cultura originarias, como los ya mencionados, en numerosos países de la Tierra.

Aunque este proceso puede convertirse en un riesgo de pérdida de identidad en las poblaciones de países enteros y pueblos de cultura originaria,

puede contribuir a la vez a avivar la propia reafirmación cultural. Ocurre esto cual si se intuyera que la participación selectiva y en beneficio propio en las modernas transformaciones tecnológicas y económicas, la logran los que mantienen su identidad y su sentido de orientación.

En paralelo con las influencias globalizantes, en la América Latina se producen de hecho reacciones de reafirmación cultural. Ello sucede tanto a nivel nacional y de conciencia de un ser latinoamericano, como entre las minorías de los pueblos de culturas originarias. Éstos, en otros ámbitos, como Canadá y los Estados Unidos, se manifiestan asimismo actuando de varias formas, luchando por preservar sus lenguas y culturas.

Concentrémonos en la América Latina. En ella, siglos después del proceso de invasiones y conquistas llevado a cabo por españoles y portugueses, existen sociedades mayoritarias, descendientes de la mezcla de europeos y amerindios, y también de africanos y de otros orígenes. De esas sociedades —mestizadas unas más que otras— provienen en casi todos los casos los grupos que ejercen el poder político, económico, así como la autoridad religiosa, en sus respectivos países. En conjunto son más de doscientos sesenta millones de hablantes de español y aproximadamente ciento cincuenta millones que se expresan en portugués. Más allá de muchas diferencias, incluso dentro de un mismo país, existen grandes afinidades culturales y lingüísticas en ese gran conglomerado de más de cuatrocientos millones de personas. Por esas afinidades se les nombra iberoamericanos o latinoamericanos y se habla de una identidad latinoamericana. Para fortalecerla en lo cultural y económico, los Estados latinoamericanos suscriben convenios y organizan reuniones incluso al más alto nivel. Un significativo ejemplo es la primera Cumbre Iberoamericana, convocada por el Presidente Carlos Salinas de Gortari, en Guadalajara, Jalisco, el 18 y 19 de julio de 1991, en la que

estarán también presentes España y Portugal.

La otra obvia realidad la constituye la presencia de cerca de cuarenta millones de descendientes de los pueblos de lenguas y culturas originarias en este continente. Son centenares de etnias que hablan numerosas lenguas de decenas de familias distintas. Entre esos cuarenta millones hay muchos que mantienen vivos antiguos idiomas y tradiciones de Mesoamérica. Otros son herederos de los legados chibcha, quechua, aymara, araucano..., y los hay también habitantes de las selvas de la América del Sur o de las llanuras y montañas de Norteamérica.

Es también verdad manifiesta que, además de que las lenguas y culturas de estos pueblos han estado por siglos en permanente peligro de desaparecer, no pocas han desaparecido. Pero es cierto asimismo que hoy existe un renacer cultural entre muchos de estos pueblos que se muestran decididos a preservar sus identidades, expresándose en sus lenguas y creando en ellas nuevas formas de literatura. Los pueblos amerindios se presentan así, en vísperas del tercer milenio, como otros muchos de lenguas y culturas también originarias en Europa, África, Asia y Oceanía, reafirmando sus identidades y legados.

Como hemos visto, la historia universal y la experiencia contemporánea nos muestran las variadas situaciones y consecuencias que hasta hoy se producen cuando las sociedades mayoritarias obstinadamente se niegan a reconocer estas realidades. Y también nos muestran, en casos como los de la Confederatio Helvética, o en España a propósito de las comunidades de lenguas distintas, que es viable el reconocimiento legal —con consecuencias fácticas— de la pluralidad de lenguas y culturas dentro de un mismo país.

Adoptar este reconocimiento en la legislación, incluso a nivel constitucional, y hacer posible la instrumentación de cuanto se requiere para el libre

fortalecimiento de las lenguas y culturas originarias, lejos de constituir un peligro de disolución o fragmentación de un Estado nacional, puede contribuir a su fortalecimiento. En cambio, los casos de relación asimétrica, con imposición cultural y lingüística de la sociedad dominante, llevan con frecuencia a tensiones y violentos conflictos.

AMBRINDIA HACIA EL TERCER MILENIO

En la América Latina, la cultura de las mayorías en los distintos países incluye no pocos elementos tradicionales de origen amerindio. Por ello, fortalecer a los pueblos de cultura original es a la vez fomentar el propio ser nacional. De hecho las grandes mayorías latinoamericanas están enraizadas culturalmente no sólo en el injerto ibérico sino también en el africano y en la matriz milenaria amerindia. Ello se manifiesta de múltiples formas, desde su conciencia histórica que hace suyo un pasado de milenios, el patrimonio arqueológico, las grandes creaciones de arte y literatura en las lenguas originarias, todo ello vinculado ya con muchos de sus símbolos y emblemas nacionales, hasta sus modos de participación comunitaria, su sensibilidad muy diferente de la de españoles y portugueses, los indigenismos y variados matices de su habla, hábitos alimenticios, visión del mundo e interpretación y vivencia de la religión predominante, es decir la católica.

En los países latinoamericanos, casi todos ellos con la experiencia de una vida independiente cercana ya a dos siglos, la presencia de los pueblos amerindios y sus lenguas y culturas originarias plantea un reto hasta ahora no atendido en forma satisfactoria. Implica éste adoptar una posición definida en relación con esos pueblos. El dilema puede formularse así: continuar soslayando o minimizando la actual presencia amerindia, desentendiéndose de su marginación, pobreza o miseria y frecuente explotación, contemplándola en actitud de aparente o real paternalismo o, en cambio,

reconocer, a partir de su enunciación constitucional, la realidad de los derechos que asisten a los amerindios de preservar y disponer de los medios para fomentar sus lenguas, culturas e identidades, y superar la suma de iniquidades de que con frecuencia siguen siendo permanentes víctimas.

En vísperas del siglo XXI —teniendo a la vista la historia y la experiencia contemporáneas, tanto las propias como las de muchos otros pueblos originarios en el mundo— es difícil pensar que haya Estados latinoamericanos que no acepten en principio que es riesgoso y violatorio de los derechos humanos mantener una situación de marginación y desconocimiento jurídico de sus correspondientes sociedades amerindias. El verdadero reto para los Estados latinoamericanos consistirá entonces en encontrar —en diálogo permanente con los amerindios— una respuesta adecuada en lo jurídico y en lo fáctico.

La mayoría de los amerindios coincide en la necesidad de ser tomados expresamente en cuenta en la constitución y en otros ordenamientos jurídicos de sus respectivos países. Implica ello reconocer que su presencia confiere a las naciones donde viven el carácter de plurilingüísticas y pluriculturales. Este reconocimiento legal —cuya inexistencia en no pocos países de la América Latina suena inverosímil— será sólo un primer paso.

Importa subrayar que el reconocimiento constitucional no es suficiente. Existen casos de Estados con poblaciones de lenguas y culturas distintas de las que son propias de la sociedad dominante, que reconocieron en sus constituciones tales realidades, sin que de ello se siguieran consecuencias en la práctica. Austria, por ejemplo, en su constitución de 1867 incluyó preceptos sobre la inviolabilidad de los derechos de los varios grupos étnicos que existían en su territorio, reconociendo "su carácter nacional, su lengua, sus requerimientos en materias como educación en consonancia con su

cultura, así como su participación en la vida pública". Tales disposiciones nunca se aplicaron en el ámbito habitado por los húngaros ni en otros varios lugares del Imperio.

Justamente, para evitar que sea letra muerta el enunciado constitucional, es necesario acompañar ese primer paso con otros que deben precisarse en diálogo permanente con los involucrados. Se requerirán además disposiciones complementarias en distintos ordenamientos. No implicará esto —como algunos podrían suponerlo— introducir casos de excepción o privilegio en la legislación que hace posible la existencia de un Estado y la convivencia de sus ciudadanos. Significa, por el contrario, fomentar esa convivencia y reconocer jurídicamente la realidad: precisamente la de un Estado compuesto por poblaciones de lenguas y tradiciones culturales diferentes. La actitud contraria —imponer o mantener un ordenamiento jurídico que implique o busque la homogeneización de pueblos de lenguas y culturas diferentes— ha sido frecuente en Estados de arraigadas tendencias centralistas y atentatorio de los derechos humanos individuales, sociales y étnicos.

El reconocimiento jurídico deberá estar acompañado de las correspondientes asignaciones de recursos que permitan llevar a la realidad sus consecuencias. Las áreas en cuestión abarcan educación y cultura, fomento de la propia lengua, que incluye la enseñanza gramatical de la misma y su literatura, acceso a cuanto ofrecen las investigaciones sobre su antiguo legado cultural, comunicaciones que no lesionen sino fomenten su identidad, ejercicio y salvaguarda de derechos humanos, —individuales, sociales y étnicos— impartición de justicia, economía, tenencia de la tierra, transferencia de tecnologías, etc. Dicho en resumen, comprenden cuanto propicie la salvaguarda de la identidad de los pueblos originarios y haga a la vez posible su participación, con su propia personalidad, en los órdenes sociopolítico y económico del

respectivo país. Corresponderá a los pueblos originarios —en consonancia con sus propias tradiciones y formas de organización— diseñar las instituciones y modos de proceder para conjugar adecuadamente esa participación con el fomento de su propio ser cultural.

Habrà que propiciar también, como complemento necesario, una amplia toma de conciencia en la opinión pública —desde los primeros grados de formación escolar— de que las minorías étnicas, que de muchas formas han sido explotadas y despreciadas por la mayoría de los habitantes contemporáneos del correspondiente país, lejos de ser cuerpos extraños que hay que rechazar, marginar o incorporar a la cultura de las mayorías, son dignas de respeto y estimación ya que con sus lenguas y tradiciones enriquecen al conjunto nacional. En este sentido habrá que fomentar la apertura de espacios donde se logre un permanente diálogo, en verdadera igualdad, entre las mayorías y las minorías que siempre han solicitado ser escuchadas.

Terminaré enfatizando que la ocasión de presentar propuestas específicas a los Jefes de Estado de Iberoamérica es particularmente propicia. Importa no perder de vista que los países de la América Latina reforzarán, por una parte, su identidad cultural atendiendo y fomentando lo indígena, que también perdura en su propio ser. Interesa destacar, por otra parte, que, al reconocerse, con todas sus consecuencias, los derechos de los pueblos que mantienen sus lenguas y culturas originarias, el proceso democrático de los Estados latinoamericanos se fortalecerá con la participación, en un plano de auténtica equidad, de todos sus ciudadanos. La marginación socioeconómica y política, y los riesgos de conflictos interétnicos, acentuados por la prolongada situación de adversidad, desprecio y explotación de los pueblos de culturas originarias, deben tener una respuesta que no puede ya posponerse.

En el gran escenario geográfico latinoamericano —casi veinte millones de kilómetros cuadrados, séptima parte de las tierras emergidas del orbe— coexisten sociedades mayoritarias de más de cuatrocientos millones de seres humanos con otros cuarenta de descendientes de los pueblos de lenguas y culturas originarias. Son éstos poseedores de ricos universos de símbolos que han conferido significación a sus vidas. Entre otras muchas cosas, un profundo sentido de participación comunitaria fortalece su ser. Y, en tanto que por todas partes se viola y lesiona a la naturaleza, ofrecen ellos lección perdurable de respeto y amor a la tierra, que conciben como hogar cósmico, materno y sagrado.

De modo especial, la toma de decisiones, en diálogo permanente con los pueblos originarios, deberá estar normada por un sentido de justicia precisamente respecto de quienes, siendo los primeros dueños y creadores de cultura de este continente,

han sobrevivido en medio de las adversas situaciones que les fueron impuestas. Esta toma de conciencia habrá de abarcar asimismo la riqueza de significaciones que conlleva para la humanidad entera la pluralidad de lenguas y culturas que se manifiesta a partir de los nombres indígenas de numerosos países americanos, como Canadá, México, Cuba, Haití, Jamaica, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Guyana, Surinam, Perú, Paraguay, Uruguay y Chile, y de miles de pueblos y ciudades, montes y ríos, y comprende asimismo el universo del arte, símbolos, visión del mundo, la fiesta y la vida cotidiana de estas sociedades cuyo legado y destino son parte esencial de los de sus respectivos países. Si con plena conciencia de esto se enriquece el diálogo con los pueblos originarios y se atiende de verdad a lo que buscan y requieren, la América Latina, y en ella Amerindia, podrán ser en el tercer milenio ejemplo de convivencia y florecer de naciones en el mundo.

